

# Cuatro visiones de la guerra en la Atenas del Siglo V a.C.

Delia Argentina Delí

[> -

Anales de Historia Antigua y Medieval

1980 - 1981, 21 y 22, pag. 223 a233

## Artículo

## CUATRO VISIONES DE LA GUERRA EN LAS ATENAS DEL SIGLO V a.C.

por

**Delia Argentina Deli**  
Universidad de Buenos Aires

Un clásico que no esté dispuesto a revalidar sus títulos de eternidad frente a los conflictos humanos deja de serlo inexorablemente. ¿Hasta qué punto es legítimo verificar en el área de la guerra la perennidad del trazado clásico y su validez, para pretender transferir las consecuencias al ámbito individual y colectivo, cuando no sólo la irrupción de la técnica más reciente en ella, sino el sucesivo paso de los siglos modificó tan notablemente los procesos bélicos en tácticas y medios, siempre a la vanguardia de todo otro avance?

Dos poetas trágicos y dos historiadores contemporáneos de ellos resultan válidos para considerar, en un período brillantísimo de la historia de Atenas y de la civilización, hechos concernientes a aspectos de la guerra: la agresión y defensa ante ella, los desbordes de la victoria, las manifestaciones de las luchas civiles y de pueblos hermanos. El siglo V a.C. estuvo signado en sus comienzos y en la etapa final por la guerra. En la primera Atenas se agigantó sostenida por la fe en la justicia divina; la segunda la aniquiló espiritualmente, mucho más allá de la ruina material.

### I

*Yo sostengo que la guerra es terrible, pero no al punto de soportar todo con tal de no afrontarla. ¿Por qué nos jactamos todos de la igualdad de derechos, de la libertad de palabra y del nombre mismo de libertad, si nada es más ventajoso que la paz?*

*. . . porque la paz con justicia y con decoro es la adquisición más bella y más útil; pero en medio de vileza e ignominiosa cobardía, lo más vergonzoso y funesto.*

*Polibio, IV,31,3*

En el año 472 Esquilo obtuvo el premio en el certamen dramático con una trilogía de la que conservamos una pieza, *Los persas*. Pericles era el corego, como antes lo había sido Temístocles para el poeta Frínico cuando trató el mismo tema en *Las Fenicias*, es decir, la derrota persa en Salamina. Esquilo sintió la gesta helénica con la fuerza de un hecho destinado a integrarse en el cuadro sagrado del mito y le transmitió esa grandeza, amparándola bajo la protección divina. Como ex combatiente de Maratón no volcó su rencor en el agresor derrotado. Confirió dimensión a la victoria en la misma medida en que hizo grande al vencido.

Cuando el mensajero transmite en Susa el resultado del combate evoca el gran clamor que parte de la flota griega: "Oh hijos de los griegos, id, liberad a la patria, liberad a vuestros hijos, mujeres, los templos de los dioses ancestrales, los sepulcros de los antepasados; se lucha por todo"<sup>1</sup>.

A los griegos los ayuda alguna deidad. Repetidamente lo afirma el mensajero de los persas que da cuenta del desastre<sup>2</sup>, el naufragio de tantas naves, las muertes de hombres traspasados por las armas o ahogados, hasta que Jerjes decide la retirada. Parte del ejército perece en Beocia, según Esquilo, unos sufriendo sed en torno de una fuente, mientras otros, extenuados, cruzan la tierra de los focios, la Dóride, el golfo melio, la Acàya, las ciudades de Tesalia, siempre carentes de víveres; los más mueren de sed y hambre. Continúan la marcha hasta que el frío prematuro congela las aguas del Estrimón, en Tracia. "Si alguien antes no creía en los dioses, entonces les imploraba, prosternándose ante la tierra y el cielo. Y cuando el ejército dejó de invocar repetidamente a los dioses, pasó a través de un río congelado"<sup>3</sup>. El sol quebró el hielo, "cayeron unos sobre otros, y fue afortunado el que más rápido perdió el soplo vital"<sup>4</sup>.

La sombra de Darío anticipa los mayores males para el resto del ejército que aún permanece en Grecia. Será el castigo de su violencia y su orgullo sacrílego, su *hybris*: ". . . no repararon en robar las estatuas de los dioses ni en incendiar los templos; de raíz y en confusión han sido volteados de sus bases los altares y las imágenes divinas"<sup>5</sup>. Darío se refiere a la ofrenda de sangre que ha de verterse en la llanura de Platea para evidenciar ante los ojos de los mortales que los hombres no deben ensoberbecerse.

El destino individual de Jerjes se multiplica en cada uno de los hombres de su pueblo para dar en la *hybris* que florece, el fruto de la espiga de la culpa.

Bien señaló Max Pohlenz que sólo su valor de interpretación determinó que el relato de una batalla se transformara en una tragedia<sup>6</sup>.

Precisamente con la tragedia se relacionó la obra de Heródoto. Por cierto tomó el tema de la batalla de Salamina en conocimiento de la obra de Esquilo, sin que la influencia se manifestara más allá de la coincidencia temática<sup>7</sup>. En cambio, los episodios ligados siempre a toda retirada se reiteran en el libro VIII con los rasgos con que volverán a repetirse tantas veces en el curso de la historia. La protección divina que tanto pesa en la concepción de Esquilo asoma en la obra de Heródoto a través de dioses que en una teología coherente aseguran

un orden moral. Quien lo viola, debe ser castigado y así a menudo el castigo sigue a la culpa, pero esto no llega a ser una clave constante de interpretación como en Esquilo.

Después de la victoria, Heródoto le hace decir a Temístocles: "Nosotros no realizamos esto, sino los dioses y los héroes, que no quisieron que reinase sobre Asia y Europa un solo hombre, impío y criminal, que igualaba en el juicio los templos y las casas, incendiando y abatiendo las estatuas de los dioses; él, que azotó el mar y le impuso ataduras. En el presente nos conviene permanecer en Grecia y ocuparnos de nosotros mismos y de nuestros familiares. Que cada uno reconstruya su casa y se ocupe de la siembra, después de haber expulsado por completo a los bárbaros"<sup>8</sup>. Pero de inmediato Heródoto señala el engaño de Temístocles, que hablaba así previendo un amparo entre los persas si, como sucedió, caía en desgracia ante los atenienses.

Cuando las tropas persas que permanecieron en Grecia después de Salamina iniciaron el asedio de Potidea, Heródoto narra cómo una marea, la mayor que pudiera recordarse en el lugar, anegó unas tierras por donde avanzaban los persas. Unos se ahogaron, porque no sabían nadar, otros fueron muertos por los de Potidea desde sus barcas. Ellos atribuían el fenómeno al castigo impuesto por la profanación del templo y la estatua de Poseidón vecinos a la ciudad. Heródoto coincide en admitir esa causa<sup>9</sup>.

Ya hacia el final del libro VIII se narra cómo llegó a Atenas desde Macedonia, Alejandro, hijo de Amintas, para proponer una alianza en nombre de Jerjes a través de su lugarteniente Mardonio. Los espartanos se alarman y ofrecen ayuda económica a Atenas, pero los atenienses rechazan la propuesta de Alejandro y en parte con las mismas palabras destinadas a los persas se dirigen a los embajadores de Esparta: "... no existe tanto oro en ninguna parte de la tierra ni región excepcional por belleza o fertilidad, que queramos aceptar para esclavizar a Grecia pasándonos al bando de los medos. Muchos y grandes son los impedimentos como para no hacer esto, aun queriéndolo; el primero y mayor, las estatuas y los templos de los dioses incendiados y arrasados, por lo que debemos tomar venganza en grado extremo en lugar de pactar con el responsable de ello; después, la comunidad de sangre y de lengua de los griegos y los comunes santuarios de los dioses y ritos y costumbres similares, de los que no estaría bien que los atenienses llegaran a ser traidores. Sabed entonces, si antes por casualidad no lo supisteis, que mientras sobreviva uno solo de los atenienses no llegaremos a un acuerdo con Jerjes. . ."<sup>10</sup>. Son los valores invocados por Esquilo anteriormente, en una guerra impuesta y no buscada.

Si al capítulo que relata la retirada de Jerjes le suprimiéramos el comienzo, donde se menciona la presencia de Mardonio en Tesalia y los cuarenta y cinco días de marcha hasta el Helesponto, tras los que llega prácticamente sin ejército, leeríamos un suceso tantas veces repetido: "Adonde arrivaban en su marcha, cerca de cualquier población, arrebatában sus frutos y se alimentaban; si no encontraban nada comían la hierba que nace de la tierra, las cortezas quitadas a los árboles y las hojas que recogían, ya fueran de árboles cultivados o silvestres, y no dejaban nada. Actuaban así por hambre. La peste que sobre-

vino y la disentería aniquilaron al ejército”<sup>11</sup>. Heródoto no señala el episodio del Estrimón helado referido por Esquilo, pero los dos testimonios no se excluyen necesariamente.

En *Los siete contra Tebas* la ciudad asediada teme a Ares que enloquecido sopla como destructor de pueblos para manchar toda piedad. Es el mismo Ares de la *Iliada* al que Zeus llama “más odioso que ningún otro de los dioses del Olimpo”<sup>13</sup> y Apolo invoca como “Ares, funesto a los morales, manchado de homicidios, demoledor de murallas”<sup>14</sup>. Pero el mayor temor que experimenta y transmite el coro de mujeres tebanas, expresado en pasajes líricos o recitados consiste en el espanto de ser arrastradas como cautivas en medio de la sangre, el pillaje, el llanto, el fuego<sup>15</sup>. El tema será desarrollado con otro material mítico y en otro contexto histórico por Eurípides, en *Las Troyanas*.

Este poeta, siempre permeable a los conflictos que sacudían a Atenas, reflejó en gran parte de sus piezas tales conmociones. Probablemente en el 424, hacia el final de la primera parte de la guerra del Peloponeso —mientras Tucídides era enviado al exilio— y no después del 421, presentó *Las suplicantes*, una pieza pacifista enlazada temáticamente con el ciclo tebano. Cuando las madres de los jefes caídos ante la ciudad, guiadas por Adrasto, solicitan a Teseo, el rey de Atenas, la ayuda para lograr la sepultura debida a sus hijos, que Creón, rey de Tebas les niega, es Etra, la madre de Teseo, quien se apiada de ellas e intercede ante su hijo. Inicialmente Teseo se había rehusado. Según él, Adrasto desoyó los oráculos y consumó la ruina de Argos dejándose arrastrar por jóvenes que disfrutaban los honores y multiplicaban las guerras sin razón, corrompiendo a los ciudadanos, unos por afán de mando, otros para ensoberbecerse con el poder o con miras al lucro<sup>16</sup> sin considerar el daño que sufría el pueblo. Etra le recuerda: “Oh hijo, ¿no irás en ayuda de los muertos y de estas desdichadas mujeres? No temo por ti impulsado por la justicia ni al ver al pueblo de Cadmo. . .”<sup>17</sup> Teseo responde: “Iré y rescataré los cadáveres por la persuasión, y si no, esto sucederá con la fuerza de la lanza y el favor de los dioses”<sup>18</sup>.

En la disputa con el heraldo argivo aparecen señalados rasgos de los atenienses<sup>19</sup> que también subraya Tucídides cuando menciona la audacia, rapidez en la acción, sentido del deber<sup>20</sup>.

Teseo parte contra Tebas dejando a Adrasto. En esta obra insólita de Eurípides por la postura optimista ante la vida, el personaje concluye diciendo: “Una sola cosa necesito, tener conmigo a los dioses que veneran la justicia. Si esto coincide, otorgan la victoria. El valor nada aporta a los mortales, de no tener al dios a su favor”<sup>21</sup>.

Teseo triunfa y hasta personalmente cumple los honores fúnebres, después de lavar las heridas de los muertos. La presencia final de la diosa Atenea compromete el juramento de Argos en futura actitud amistosa para Atenas.

La tragedia parece recordar a los argivos la conducta de los tebanos que tras su triunfo en Delión rehusaron a los atenienses una tregua para sepultar a los muertos y quieren alertarlos ante tal violación de una ley común a todos los griegos, equivalente a un derecho internacional de pueblos civilizados<sup>22</sup>. Lo desconcertante de la obra es que Eurípides se vale del heraldo argivo para pro-

nunciarse contra la lucha: "Cuando la guerra se presenta a la votación del pueblo, nadie toma en cuenta su propia muerte, y vuelve hacia otro esta desdicha. Si la muerte estuviese ante sus ojos al echar el voto, la Hélade no perecería enloquecida por la lanza"<sup>23</sup>.

## II

*Como a menudo hemos dicho, es importante tener éxito en los hechos y superar a los enemigos en los ataques, pero se necesita de mucha pericia y circunspección para hacer buen uso de la victoria.*

*Polibio, X,36,1*

En el año 458, en una etapa de relativa tregua bélica, Esquilo obtuvo la victoria con una de las creaciones más profundas que el genio humano haya producido jamás, la trilogía de la que *Agamenón* es parte inicial. El complejo destino de la estirpe arranca de Atreo y culminará en los actos y los padecimientos de Orestes. Agamenón osó hacerse sacrificador de su hija arrastrado por un sople impío, criminal, como ayuda en una guerra iniciada para vengar el rapto de una mujer. Es inevitable que irrumpa Ares, que cambia seres vivientes por cadáveres y los pesa en lugar de oro con su balanza, en medio del combate, para enviar de regreso a las familias el polvo oprimente que abarcan ligeras urnas de cenizas<sup>24</sup>.

Aun en una campaña iniciada para Esquilo como un mandato de Zeus hospitalario, ultrajado por Paris, el raptor de Helena, el desenfreno de los vencedores puede atraer el desastre final. Vencedores y vencidos elevan un clamor diverso. Estos, ya con voz de esclavos, gimen ante los cadáveres de esposos, hermanos, padres. Los otros están atentos al pillaje y al sueño placentero que no exigirá centinelas. "Si respetan a los dioses de la tierra cautiva, y sus recintos, no podrán tras conquistar, ser conquistados. No penetre antes en el ejército una ansia de depredar lo que no corresponde, vencido por la codicia; pues todavía les hace falta doblar el otro codo del estadio, el de la salvación del regreso a casa. . . Y aun si el ejército retorna sin culpa frente a los dioses, el sufrimiento de los muertos puede despertarse"<sup>25</sup>.

Por el heraldo sabemos que hay que saludar alegremente a Agamenón, "conviene, pues destruyó a Troya con la azada de Zeus justiciero y con ella arrasó su suelo. Abatió los altares y los templos de los dioses; parece la simiente de toda la tierra"<sup>26</sup>.

El tema recurrente anticipa con qué dolores han de pagarse tales culpas. Fuego y mar destruirán la armada de los griegos al choque de los vientos tracios y un dios, no un hombre, salvará la nave de Agamenón<sup>27</sup>.

Ya lo había proclamado el coro: "No llegue a ser un destructor de ciudades, ni vea mi vida después de ser yo mismo conquistado"<sup>28</sup>.

A través de Clitemnestra un nuevo tema se inserta en la tragedia. Es el de los rumores que cercan a la mujer sola en su casa, para anunciar cadenas de males y empujarla al suicidio. Son los llantos y el sobresalto de los sueños con presagios de desgracias. Poco importa que Clitemnestra no sea sincera, porque se hace verosímil dramáticamente. Y es a través de la acción de Clitemnestra como las culpas de la estirpe de Agamenón, el sacrificio de Ifigenia y la reciente falta de la ruina de Troya son expiados por el rey, asesinado en la ficticia culminación de la victoria.

### III

*Como el fuego, cuando alguien enciende la madera, no responde después a un designio, sino que en donde le resulta toma su alimento, dirigido sobre todo por los vientos y lo inflamable de la materia sometida, y a menudo se lanza inesperadamente contra quien primero lo prendió, del mismo modo la guerra, una vez que se enciende, aniquila a los primeros en suscitarla y se extiende destruyendo sin razón todo lo que se presenta a su paso, siempre renovada y multiplicada como por los vientos, a causa de la ignorancia de quienes se le acercan.*

*Polibio, XI,4,4*

En la primavera del 415 Eurípides presentó *Las troyanas* después del desdichado episodio que Tucídides narra en buena parte del Libro V acerca de los sucesos de la isla de Melos, empeñada en mantener su neutralidad. Presenta extensamente las conversaciones que precedieron a la derrota de los melios, y de manera sucinta, lapidaria, la mención de las ejecuciones de todos los varones, mientras mujeres y niños quedaron sometidos a la esclavitud. Es manifiesto el abuso de poder de Atenas. Más allá del hecho particular irrepetible se desprenden líneas esenciales del manejo de la fuerza en toda instancia universal.

El suceso también debió haber influido profundamente en Eurípides, que presenta una trama relacionada con el trágico destino de una ciudad aniquilada con sus varones. Es el fonde para presenciar los padecimientos de las mujeres ya sorteadas o elegidas por los conquistadores como cautivas.

Y a diferencia de Esquilo, que lograba subrayar las propias hazañas realzando méritos y potencia de los adversarios, Eurípides, como otros contemporáneos suyos, adquirió el hábito de denigrarlos. En *Las troyanas* el poeta alcanza

la suficiente ecuanimidad y penetración, casi don de profecía, como para saber cuándo deben ser censurados sus propios compatriotas. Tal es el caso de la conducta de Atenas frente a Melos, porque las normas éticas inherentes al pensamiento helénico están por ser violentadas en nueva *hybris*.

También por la misma época, primavera del 415, la asamblea debía votar acerca de la expedición a Sicilia que decidió el destino de Grecia. Atenas se inclinó nuevamente por el predominio de la fuerza guiada por la elocuencia y la fascinación que ejerció Alcibíades.

En *Las troyanas* Eurípides no deja ninguna duda al respecto; no sólo condena la guerra de Troya sino toda guerra de conquista, y anticipa desde el prólogo, a través de las palabras de Poseidón, qué aguarda a los griegos vencedores, en términos semejantes a los de Esquilo en el *Agamenón*: "Insensato quien de los mortales destruye ciudades y entrega a la devastación templos y tumbas, sagrado asilo de los muertos; también perecerá después"<sup>29</sup>.

Para Casandra, y evidentemente el poeta piensa así, el destino de Troya es más feliz que el de los aqueos, que perecen en número incontable por causa de Helena, con un comandante poderoso capaz de sacrificar lo más querido por lo más despreciable. Mueren lejos de su patria, sin volver a ver a sus hijos, ni recibir las honras fúnebres de sus esposas, y yacen en tierra extranjera. Dejan tras sí viudas y padres que los criaron para otros, mientras los troyanos, como suprema gloria, mueren por y sobre su patria, y llevados por manos amigas reciben sepultura. Si escapan a la muerte, comparten momentos con esposa e hijos<sup>30</sup>.

Sin embargo, dice Casandra "corresponde que el hombre sensato evite la guerra, pero en caso de llegar a ella, es honrosa corona para la polis morir noblemente. . ." <sup>31</sup> como Héctor por Troya.

Los griegos, persuadidos por Odiseo, deciden despeñar desde lo alto de las murallas al hijo del héroe troyano, colmados de orgullo más que de sensatez, y Hécuba imagina el epitafio que un poeta podría escribir, vergonzoso para los vencedores: "Los argivos mataron una vez a este niño por miedo"<sup>32</sup>.

Los vencedores de Troya atraen la cólera de Atena por sus desbordes de violencia. Esta es justamente la maldición de la guerra: embrutece, incita al delito.

*Las troyanas*, por encima de los conflictos individuales inherentes a determinados personajes, plantea un conflicto trágico supremo, el de las guerras y sus consecuencias.

La guerra del Peloponeso evoca una instancia tanto más dolorosa que la lucha contra los persas. Si bien en ésta, como decía Esquilo, se combatía por todo, por una estructura de vida y pensamiento a punto de desmoronarse, la guerra del Peloponeso oponía dos enfoques, pero griegos ambos, a partir de la declinación de valores poco antes sostenidos, como la justicia y el derecho, el respeto a la libertad propia y ajena. Con fundamentos diferentes de los de Heródoto, Tucídides alcanza a describir la derrota de Atenas contra toda predicción racional en un proceso claudicante frente a sus antiguos pilares, volcada a imponerse por la fuerza y la violencia. Intenta descifrar las claves de esa derrota y rescata

qué ha de ser lo perdurable de Atenas como fruto primordial de la inteligencia y los ideales éticos y estéticos.

En el libro III Tucídides desarrolla los episodios de las luchas civiles de Corcira durante el 427 y queda trazado el cuadro con los rasgos que tales manifestaciones desencadenan en las pasiones. Así: "Toda manifestación de muerte estuvo presente y como sucede en tales condiciones, no hubo nada que no sobreviniera. El padre mató al hijo, se arrancó a suplicantes de los templos y al lado de éstos fueron muertos; algunos perecieron cercados en el recinto sagrado de Diónisos"<sup>33</sup>. Continúa Tucídides: "Tan atroz fue la sedición, y aun pareció mayor, porque allí se generó por primera vez, pero después todo el mundo helénico fue sacudido por la presencia de discordias. . ."<sup>34</sup>.

Si bien en el famoso pasaje del libro I en que Tucídides define el valor de su obra como un *κτῆμα εἰς αἰετ*<sup>35</sup> se prevé que considerar verazmente los hechos sucedidos implica una ayuda para conocer sucesos futuros, según la índole de los seres humanos; esta realidad reaparece en el libro III. "Sobrevinieron muchos y penosos acontecimientos para las ciudades durante las revueltas, que suceden y siempre sucederán mientras la naturaleza de los hombres sea la misma. . ., en la paz y frente a asuntos favorables tanto las ciudades como los particulares sostienen razones más valederas, porque no están forzados ineludiblemente. La guerra, al suprimir la facilidad de cada día, es un rígido maestro y adapta los sentimientos de la mayoría a las circunstancias"<sup>36</sup>. "Cambiaron el valor habitual de las palabras frente a las obras como una justificación. La temeridad irreflexiva fue considerada valentía leal hacia los amigos; la lentitud prudente, cobardía encubierta; la sensatez, pretexto de flojedad; y la comprensión frente a todo, pereza frente a todo. La irritabilidad vehemente fue sustituida al valor. . ."<sup>37</sup>. Así continúa Tucídides señalando la inversión de valores, la aprobación para los exaltados, los intrigantes, los violadores de la ley, más confiados en la complicidad frente al crimen que en los juramentos, anhelantes de venganza y en competencia de engaños como para que la mayoría de ellos, dado que a los criminales se los llamaba hábiles, prefiriera eso a ser considerados tontos, si eran hombres de bien.

Quizás, uno de los pasajes que más pueden sacudir la conciencia contemporánea, porque hechos semejantes se reiteraron aún hace poco, se menciona al final del libro VII. Es el desenlace de la campaña a Sicilia, que Tucídides llama *πανωλεθρία*, destrucción total. "Los siracusanos trataron duramente a los prisioneros en las canteras durante los primeros tiempos. Había muchos en un lugar profundo y estrecho y al principio los soles y el calor sofocante los torturaban, porque estaban al descubierto, y al llegar las noches, que por el contrario eran otoñales y frías, provocaban nuevas enfermedades con el cambio. Y puesto que hacían todo en el mismo lugar por la estrechez de espacio y aún los muertos eran amontonados unos sobre otros, —morían a causa de las heridas, del cambio de temperatura o motivos similares— también los hedores eran insoportables, y estaban oprimidos por el hambre y la sed. . . Después, salvo a los atenienses y a pocos sículos e italiotas, los siracusanos los vendieron. Fue-

ron capturados en total, aunque es difícil decirlo con exactitud, no menos de siete mil”<sup>38</sup>.

Quizás, como pensaba Tucídides o también Eurípides, el pasado pueda explicar el presente.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Esq. *Pers.*, 402 ss.
- <sup>2</sup> Esq. *Pers.*, 410 ss.
- <sup>3</sup> Esq. *Pers.*, 497 ss.
- <sup>4</sup> Esq. *Pers.*, 506 ss.
- <sup>5</sup> Esq. *Pers.*, 809 ss.
- <sup>6</sup> Max Pohlenz, *Die Griechische Tragödie*, Göttingen, 1954, pág. 61.
- <sup>7</sup> A. Masaracchia en Erodoto, *La battaglia di Salamina*, Libro VIII delle Storie, Verona, 1977, pág. XI.
- <sup>8</sup> VIII, 109.
- <sup>9</sup> VIII, 129.
- <sup>10</sup> VIII, 144.
- <sup>11</sup> VIII, 115.
- <sup>12</sup> 342 ss.
- <sup>13</sup> V, 890 ss.
- <sup>14</sup> V, 455.
- <sup>15</sup> 253, 321 ss.
- <sup>16</sup> 232 ss.
- <sup>17</sup> 326 ss.
- <sup>18</sup> 346 ss.
- <sup>19</sup> 576 ss.
- <sup>20</sup> I, 70.
- <sup>21</sup> 594 ss.
- <sup>22</sup> Edouard Delebècque, *Euripide et la guerre du Péloponnèse*, Paris, 1951, Pág. 217.
- <sup>23</sup> 481 ss.
- <sup>24</sup> 437 ss.
- <sup>25</sup> 338 ss.
- <sup>26</sup> 524 ss.
- <sup>27</sup> 655 ss.
- <sup>28</sup> 472 ss.
- <sup>29</sup> 95 ss.
- <sup>30</sup> 365 ss.
- <sup>31</sup> 400-401.

<sup>32</sup> 1158 ss.

<sup>33</sup> III, 81.

<sup>34</sup> III, 82, 1.

<sup>35</sup> I, 22.

<sup>36</sup> III, 82, 2.

<sup>37</sup> III, 82, 4.

<sup>38</sup> VII, 87.